

El domingo 2 de agosto despertamos con la triste noticia del fallecimiento del Prof. Elbio Villafañe en la Ciudad de Buenos Aires, donde vivía junto a su familia desde su jubilación como docente. Tras el dolor inicial, comencé a reflexionar sobre el profundo impacto que él tuvo en muchos de los que fuimos sus alumnos.

Conocí a Elbio en el año 1985, en el curso de Estructuras Especiales de la carrera de ingeniería civil. La primera impresión fue sorpresa, ante un profesor muy activo, que movía su frondosa cabellera enrulada a medida que escribía en el pizarrón y hablaba con pasión sobre dinámica estructural. Al cabo de una hora de clase, me había atrapado totalmente con un magnetismo difícil de explicar. Desde ese momento supe que me iba a dedicar a la ingeniería estructural.

Las clases de Elbio eran distintas, no enseñaba un tema, sino que nos desafiaba permanentemente a preguntarnos el por qué, a analizar críticamente cada aspecto y a investigar para encontrar soluciones alternativas. En sus clases, las “bellísimas” matrices y ecuaciones diferenciales se mezclaban con comentarios sobre música y clarinete, su otra gran pasión, y con anécdotas familiares que involucraban a su querida esposa Dora y a sus hijos Matías, Lucas y Paula.

Nos motivaba a ir más allá de las tareas requeridas para aprobar la asignatura, de modo que en cada curso lectivo había un grupo de alumnos que hacíamos “deberes” adicionales para profundizar los distintos temas. Siempre fue generoso con su tiempo y nos recibía en su casa los sábados a la tarde, a modo de horario de consulta especial, para discutir sobre los trabajos en desarrollo y compartir una taza de café con facturas.

Luego de graduarme como ingeniero civil, ingresé como ayudante de primera para trabajar con Elbio en tareas de docencia e investigación. Así compartimos muchas horas trabajo y estudio que se vieron reflejadas en artículos técnicos y desarrollo de programas de computación. Recuerdo particularmente los muchos momentos compartidos en la sala de cómputos, donde programábamos rutinas de cálculo en la computadora IBM, la única disponible en la Universidad en esos momentos.

Elbio realizó estudios de posgrado en Italia, algo poco frecuente para los ingenieros en Argentina en esa época. La experiencia fue muy importante para su formación, por lo que siempre impulsó a sus alumnos a continuar estudiando y a buscar becas y posibilidades de cursos en universidades de excelencia.

El Ing. Villafañe, además de la docencia e investigación, desarrolló una amplia trayectoria como ingeniero estructural. En cada trabajo veía una oportunidad para seguir aprendiendo y buscaba aplicar los criterios más avanzados de diseño y análisis, de modo de integrar sus estudios con la actividad profesional.

En el mes de junio, hablé con Elbio por teléfono por última vez. Luego de unos breves comentarios sobre la familia y la enfermedad que lo aquejaba, rápidamente cambió de tema para hablar de sus últimos trabajos sobre un método de análisis seccional. ¡Su pasión por la ingeniería y el estudio seguía intacta!

Estas palabras no pretenden ser una semblanza completa sobre el Ing. Villafañe, son simplemente el adiós a un querido profesor. Los que tuvimos el orgullo de ser sus alumnos y trabajar junto a él lo recordaremos como un gran maestro y un apasionado ingeniero. Nos dejó como legado sus conocimientos y experiencias, pero más importante aún, su ejemplo de hombre de bien, que siempre actuó fiel a sus ideales y convicciones.